

ESCUELA DE SANTIDAD

TEMA 4: NOSTALGIA DE ETERNIDAD

Hacemos hoy un Tema especial para celebrar **LA SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS Y LA FIESTA DE LOS FIELES DIFUNTOS**.

El hombre necesita eternidad, y para él cualquier otra esperanza es demasiado breve, es demasiado limitada. El hombre se explica sólo si existe un Amor que supera todo aislamiento, incluso el de la muerte, en una totalidad que trascienda también el espacio y el tiempo. El hombre se explica, encuentra su sentido más profundo, solamente si existe Dios. Nosotros sabemos que Dios salió de su lejanía y se hizo cercano, entró en nuestra vida y nos dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre» (Jn 11, 25-26). (Benedicto XVI)

«Descubre tu presencia, y máteme tu vista y hermosura. Mira que la dolencia de amor que no se cura sino con la presencia y la figura» (S. Juan de la Cruz, Cántico espiritual, 11)

«La vida es para buscar a Dios, la muerte para encontrarle, la eternidad para gozarle» (Santa Juana de Chantal)

El mes de noviembre, en misterioso tiempo otoñal, nos regala esta solemnidad y la fiesta de todos los fieles difuntos. Celebraciones de una especial y misteriosa hondura para el corazón del cristiano que peregrina en la vida hacia la Jerusalén celestial, lleno de nostalgias de eternidad...

Melancolía en el paisaje desolado de noviembre. Árboles esqueléticos que van perdiendo su follaje. Tierras heladas gimen resacas. Se hunde la vertedera del arado en maravillosa geometría de surcos y sementeras. Los evangelios de estos días nos invitarán a pensar en el drama apocalíptico que sepultará todas cosas y personas. Es tiempo de rendición de cuentas... Una vida temporal que se escapa y una vida eterna que se acerca...



1. NUESTROS HERMANOS DEL CIELO

La fiesta de todos los Santos es un respiro de gozo en este clima de expectación anhelante.

¡Los santos! Son como estrellas y campanas de luz en la noche que, con palpar vertiginoso, cantan la gloria de Dios. Son la multitud de hermanos que se han salvado, la muchedumbre de santos que pueblan el cielo. Porque la fiesta de Todos los Santos no es sólo la de los santos canonizados, cuyo culto público sanciona la Iglesia. Es también la de todos los que han conquistado la gloria después por haberse mantenido fieles al amor cuando atravesaban la tierra.

Es el ejército de los cristianos anónimos que se santificaron en el mundo sin salir de él: en la familia, la profesión, el cumplimiento del deber... por amor a Dios y a sus hermanos. Es la legión incontable de almas consagradas a Dios y a la salvación de los hombres, lo mismo en monasterios y abadías, que en las calles y plazas; lo mismo misionando en Alaska o en El Ecuador, que conquistando para el Evangelio universidades y empresas en un mundo que idolatra el dinero y el placer.

Después de las últimas guerras se han levantado en muchos países monumentos al soldado desconocido, a ese héroe anónimo que dio su vida heroica para salvar la patria. La fiesta de Todos los Santos es el monumento que levanta la liturgia para rendir culto a los soldados desconocidos de todos los tiempos, que hicieron de su vida heroísmo al servicio de Cristo.

Los primeros cristianos empezaron a celebrar el *dies natalis* de los mártires en primer lugar para venerar sus restos gloriosos, pero sobre todo, para animar al martirio a los que todavía vivían en la tierra. Por

eso, congregados en las catacumbas, hacían vigiliat nocturnas, alternando lecturas de la Biblia con cantos, antes de terminar con el santo Sacrificio.

La esperanza, como a los primeros cristianos, nos debe mantener en pie de guerra mientras cruzamos por la tierra. No queremos ni podemos dejarnos contagiar por nuestros hermanos paganos que hacen de esta vida la única verdadera. Queremos recordar siempre y repetir las palabras de Tobías aceptando su ceguera y alabando a Dios en ella cuando sus familiares y amigos se burlaban de su vida sirviendo al Señor: «Somos hijos de Santos, y esperamos aquella vida que Dios dará a cuantos creen en Él y nunca se dejan engañar creyendo en las cosas de este mundo».

2. NUESTROS HERMANOS DIFUNTOS

En el año 998 se le ocurrió a Odilón, santo abad de Cluny, la preciosa idea de celebrar en todos los monasterios de la Orden el día de los Difuntos. La costumbre prende rápidamente en todas partes y pronto la Iglesia universal la adopta como suya. Desde entonces, la conmemoración litúrgica de los difuntos sucede a la de Todos los Santos. Así, el Reino de Cristo, en su triple dimensión militante, triunfante y purgante, reverbera en toda su grandeza al iniciarse el mes de noviembre.

Curiosamente la devoción popular se ha orientado con preferencia hacia el día de los difuntos, incluso sobre la fiesta de Todos los Santos. Nuestros queridos difuntos, hermanos nuestros —padres, hermanos, amigos— que necesitan nuestras plegarias

para acabar de expiar sus deudas y penetrar también en la patria.

De esta manera, la Iglesia, es decir cada uno de nosotros, después de regocijarse confiada en el triunfo de los hermanos que desde las alturas nos arrastran ya hacia el cielo, se compadece de los que todavía permanecen detenidos en el Purgatorio. Por eso la Iglesia, Madre solícita, ha querido triplicar en este día el número de misas. Así ayuda más eficazmente a nuestros hermanos muertos y vivos al mismo tiempo.

Un doble mensaje nos llega de esta celebración: uno, grave e imponente, lleno de sombrías pinceladas y de poesía conmovedora, habla de **pecado, muerte, juicio**. Otra vibra con acentos de júbilo al anunciar el mensaje consolador de la **resurrección** de la carne y la **vida eterna** en Cristo Jesús.

Una verdad fulgurante resuena en esta celebración: lo que llama el mundo muerte es para Cristo, y nosotros con Él, comienzo de la vida. San Carlos Borromeo, en su palacio arzobispal de Milán, pasa con frecuencia delante de un cuadro. El pintor ha representado el esqueleto de la muerte guadaña en mano. Le parecía que no era verdad. Un día manda sustituir la guadaña por una llave de oro. Tenía razón. Recordaba la actitud de los primeros cristianos ante el martirio. «Somos cristianos, y al morir pasamos a mejor vida, donde ya nada puede la muerte», dijeron Valeriano, Cecilia y Tiburcio al juez Máximo.

«¡Sálvame, Señor, fuente de piedad! Recuerda, Jesús mío, que para redimirme has venido. No me pierdas en aquel día, pues, cansado, te sentaste; buscándome y padeciendo en la cruz, me salvaste. Llámame con los benditos, perdóname, Dios mío»... Son las súplicas que pone la Iglesia en nuestro corazón, atemorizado ante la muerte, el juicio, el fin del mundo, castigando tus pecados. «¡Sálvame, Señor, fuente de piedad! ¡Perdóname, Señor!» Es también la maravillosa secuencia de la misa.

«Rey de tremenda majestad que salvas por amor, ¡sálvame, fuente de piedad!» Y se suceden impresionantes las estrofas: «Día de ira y de

venganza, que el mundo se disipará en ceniza. Día de llanto y dolor cuando el hombre resucite del polvo para ser juzgado... Tú, Jesús, que perdonaste a Magdalena y oíste al ladrón, también a mí dame esperanza. Perdóname, llámame con los benditos, sepárame de los cabritos, colócame entre las ovejas. Piadoso Señor Jesús, dame el descanso con tus santos».

La Iglesia se apodera en su liturgia de esta melancolía esperanzada. Repite estos días sobre las tumbas de nuestros hermanos, y lo hará pronto sobre la nuestra: «Dales, Señor, el descanso eterno y luzca para ellos la luz indeficiente.» Desde el jardín donde caen las hojas, pasa a la iglesia, cubierta de negro. Contempla el centellear de cirios rodeando el catafalco. Al entrar, sobre el pueblo arrodillado, el órgano extiende las ondas de un oleaje pacificador: «Dales, Señor, el descanso eterno y brille para ellos la luz perpetua».

3. GOZO Y NOSTALGIA

Un doble sentimiento se apodera de nuestro corazón: la alegría del cielo al contemplar a tantos hermanos nuestros ya glorificados y la nostalgia propia del que peregrina lejos aún de la Patria.

1. La fiesta de todos los Santos nos llena de alegría esperanzadora.

También nosotros llegaremos a ese cielo en que nos esperan nuestros hermanos. La Virgen Madre, Reina de todos los santos, ensanchará sus brazos para recibirnos en el Reino de su Hijo.

Por eso nos alegramos llenos de júbilo y emoción. Estaremos un día entre ellos. Entre los santos cuyos ejemplos admiramos, cuyas vidas nos arrastraron a imitarles. Aquí resulta delicioso el trato con personas inteligentes y de gran corazón. Allí será la comunicación continua con la flor y la nata de todas las razas. La reunión eterna con los valientes, con los corazones ardientes y generosos de todos los siglos. Hablaremos con el ardoroso Pablo, con el virginal Juan. Javier, el conquistador. Teresita, la sembradora de rosas. Nos deleitarán con su presencia. Y nuestros santos predilectos nos recibirán gozosos en el cielo, admitiéndonos a la gran vida de familia de duración eterna.

2. Gozo, pero también nostalgia.

Otoño. En parques y bosques caen muertas, lentamente, las hojas. Amarillentas y secas, se extinguen como los hombres unos tras otros. Desaparecen todos los que hemos ido conociendo. Los que llenan nuestros recuerdos de la infancia, abuelos y tíos ancianos. Luego, son nuestros padres quienes nos dejan y nuestros hermanos mayores. Y en la hora menos pensada, en frase de Jesús, te encuentras delante de todos ellos con toda una vida atrás, presto para la marcha sin retorno. En el momento en que se van, esos muertos queridos producen un desgarrón. Pero el tiempo cura las heridas. Todos esos muertos que jalonan el camino de nuestra vida acaban por no ser ya más que una gran melancolía.

Melancolía del pasar. Melancolía del otoño. Hojas que se vuelven amarillentas y caen. Melancolía que nace con la edad y que crece a medida que los seres queridos se ocultan tras el sepulcro. Melancolía de las hojas que caen. Ramas muertas. Musgo en viejas piedras. Hierba que brota entre las losas del patio en ancestrales castillos. Pero melancolía llena de nostalgia de cielo. Melancolía que añora vida eterna.

Era lo que sentía la Santa de Lisieux: «Recuerdo que pasaba el domingo alegremente, pero con cierto dejo de melancolía. Nada turbaba mi felicidad hasta el oficio de Completas. En esta hora un sentimiento de tristeza embargaba mi alma. Pensaba que, al día siguiente, tendría que empezar otra vez la vida ordinaria: trabajar, estudiar, lecciones. Sentíase mi corazón desterrado en el mundo, suspirando por el descanso del cielo, por el domingo sin ocaso de la verdadera patria». (Santa Teresita)

³ Adela Kamm era una joven suiza. Su deporte favorito: el esquí. Enfermó a los 20 años. Tenía su habitación siempre llena de flores, como si se tratara de un altar; supo ofrecer, a cuantos acudían a verla, el perfume de sus virtudes, aunque sufriera grandes dolores; fue un testimonio vivo de aquella alegría reservada a quienes creen y esperan la resurrección que Cristo nos prometió, aunque estén clavados en el lecho del dolor; tenía una frase que bien podría esculpirse en el frontispicio de cualquier casa o en la mente o en el corazón de cualquier persona. Decía: «Es necesario saber

4. CONSEJOS PARA VIVIR CON ESPERANZA

1. **Aceptar con paciencia los sufrimientos y las cruces que nos vengan.** «No ha de faltar la Cruz, si somos del bando del Crucificado». (Santa Teresa). Adela Kamm³ expira a los 29 años, después de diez operaciones dolorosísimas. Pulmón, cabeza, corazón, ojos, sucesivamente heridos. La muerte la sorprende mirando al crucifijo, mientras repite: «Dios mío, retrasa el momento hasta que no quede un punto en mi cuerpo, ni una parte en mi alma, que no esté purificada». Seguía el consejo de Santa Teresa: «Poned los ojos en el Crucificado, y se os hará todo poco» (Moradas).

2. **Esperar con fe y alegría el encuentro final.** Así hacen los santos. «Dios te salve, hermana muerte», decía Francisco de Asís. Santa Gema Galgani exclamaba: «Qué felicidad, irme con Jesús. Tener la seguridad de quererle siempre, de no perderle jamás». Y San Eduardo, a su esposa la Reina: «No llores. No voy a morir, sino a vivir». San Bernardo, al comentar con Dionisio la muerte de su hermano el Beato Gerardo, decía unas palabras que deberíamos recordar siempre, preparando nuestro momento decisivo: «Siempre fue hombre de un sólo ideal. Durante mucho tiempo siguió a Cristo como a su Rey, a su Capitán. Pensó que él era un soldado. Pero al pasar los años se hizo más y más niño, y Dios se convirtió en su Padre. Su muerte me pareció como el dormirse de un niño muy cansado que ama y confía en su Padre». Santa Teresita decía a su confesor: «Sólo para seguir viviendo es preciso resignarse. Para morir es alegría lo que se experimenta». Momentos antes de expirar repetía: «No me muero. Entro en la vida».

Y Santa Teresa, que había escrito que «La vida es una mala noche pasada en una mala posada», en el momento de morir decía: «Señor, ha llegado ya la hora de vernos. ¡Hace tanto tiempo que la estaba esperando!». Vivir esperando, es decir: si trabajando, estudiando, comiendo, hablando, me preguntan: «¿Qué haces?», debo poder responder: «Espero. Entre tanto, me entretengo en estas fruslerías». «Trajimos para entretener la espera» (Santa Teresa).

3. Suspirar por el cielo mientras dura nuestra peregrinación por la tierra.

En 1084, Bruno y dos compañeros abandonan Grenoble. Se internan en la soledad de las montañas del Delfinado. Llegan a un paraje bravío, casi inaccesible. Abismos profundos. Rocas imponentes y amenazadoras. En aquel lugar inhóspito crecen los últimos pinos y las aguas que bajan de las montañas se precipitan fragorosas. Allí fundan la Cartuja para disponerse al encuentro con el Maestro Divino. «Habito con mis monjes en un desierto –dirá San Bruno en una de sus cartas–. Lejos de todo trato humano. En oración tensa y vigilante, y esperando la venida del Maestro para poder abrirle en cuanto llame».

Por eso en una inscripción en una campana de la Gran Cartuja de Francia dice: «El día del juicio final está próximo, y ya cuento las horas».

Mientras peregrinamos, alivia saborear con frecuencia las palabras de Isabel de la Trinidad, al acercarse la muerte: «Voy a la Luz, al Amor, a la Vida».

Ni temamos, ni esquivemos la muerte. El Señor no habla de ella. Habla de su venida, de su cercanía, de su abrazo. «Soy yo, no temáis». (Jn 6,20). Ésta debe ser mi oración de todas las horas. «El morir me parece, para el alma fiel a Dios, lo más fácil del mundo, pues en un momento se ve libre de su cárcel e introducida en el eterno descanso». (Santa Teresa de Jesús). «Mira que el amor es fuerte, vida, no me seas molesta, mira que sólo me resta, para ganarte, perderte. Venga ya la dulce muerte, el morir venga ligero, que muero porque no muero. Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero, porque no muero».

florece... allí donde Dios nos ha plantado». Adela Kamm supo florecer con su alegría, con su sonrisa, con su optimismo -nacidas de su fe y de su amor- los nueve años que duró su enfermedad: pulmón, cabeza, corazón, ojos, sucesivamente heridos; miles de inyecciones; diez operaciones quirúrgicas y la muerte a los 29 años. Es evidente que la fe, la esperanza y el amor dan calidad de vida. (J. M^a ALIMBAU).

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 4 (petición): La virtud de la esperanza y la gracia de una buena muerte

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

La oración de QUIETUD es un don de Dios que se lo regala al alma que lo desea. Requiere el silencio de imaginación y de corazón. El alma, llena de serenidad y paz, se abandona en Dios, y nada más le preocupa. Piensa, con Santa Teresa, que SOLO DIOS BASTA. Y todo lo demás no afecta significativamente a su alma. Poco a poco Dios, que es luz y amor, va impregnando el alma: la ilumina y enciende, de manera que la gracia va obrando la transformación divina. Pero es un proceso en el que nunca debemos desalentarnos, aunque tengamos la impresión de no avanzar o, incluso, de retroceder.

Recuerda siempre el esquema para orar: Presencia de Dios, ofrecimiento de obras y oración preparatoria, invocación al Espíritu Santo y a la Virgen, meditación del texto y coloquio con Jesús y con la Virgen María.

Recuerda la PETICIÓN de esta semana: la virtud de la esperanza y la gracia de una buena muerte.

Texto 1: Orar con las bienaventuranzas

Viendo Jesús a la muchedumbre, subió al monte y se sentó. También hoy Jesús, viéndonos a nosotros, se sienta en el sagrario y abre sus labios para enseñarnos cómo tenemos que conquistar el cielo. El Evangelio del día de Todos los Santos nos marca el camino. Recorriéndolo, subieron nuestros hermanos que hoy veneramos. A sus súplicas nos acogemos. Madre querida: tú, Reina de todos los santos y Madre nuestra queridísima, deja que la palabra de Jesús resuene en nuestros corazones. Haz silencio profundo para que su voz nítida y suave se perciba. Tú harás que creamos en Él. En su palabra, tan difícil de entender. Proclama una felicidad paradójica, una felicidad que se encuentra en el desasirse de todo y de todos para encontrar el amor, para salvarse, para conocer, amar y gozar de Dios siempre.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque ellos llegarán al Reino de los cielos. Los pobres de espíritu. Los que se olvidan, en perfecto silencio, de sí mismos. Los que se desprenden no sólo del dinero, sino del apego a cosas, personas, al «yo». Son los pobres de Dios. Los que se dan cuenta que nada ni nadie es capaz de satisfacer los anhelos de felicidad que sienten. Los que con Santa Teresa saben que «sólo Dios basta». Los que con San Juan de la Cruz se abandonan a sí mismos para amar: «Mi alma se ha empleado y todo mi caudal a su servicio. Ya no guardo ganado ni tengo otro oficio, que ya sólo en amar es mi ejercicio».

Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. Saber llorar con resignación, sin protesta ni inquietud. Convertir lágrimas en perlas. Saber cantar cuando se sufre. Felices los que lloran, ellos serán consolados. «Será el dolor que viniere, en buena hora recibido. Venga, pues que Dios lo quiere... ¿Qué me importa verme herido, si es Dios el que me hiera?»

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. La pureza clarifica y agudiza la vista. El cristal del alma se transparenta, y Dios se mira en él. El vicio oprime el corazón, ahoga el amor, siembra amarguras.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia; de ellos es el Reino de los cielos. De los que son perseguidos por amar y servir a Dios. Al declararse sus amigos son perseguidos por el mundo. Son los incomprendidos de todos los siglos. Los que pueblan el cielo que hoy la liturgia abre ante nuestros ojos extasiados.

Madre querida: Jesús me ha señalado el camino en su Evangelio. Mis hermanos santos del cielo me estimulan con su ejemplo a recorrerlo con paciencia y alegría. «Tú nos ofreces en ellos el ejemplo de su vida, la ayuda de su intercesión y la participación en su destino, para que, animados por su presencia alentadora, luchemos sin desfallecer en la carrera y alcancemos la corona de gloria que no se marchita» (Oración de la liturgia)

Quiero llegar un día a cantar con ellos a Cristo redentor: «Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Así sea.» (Ap 1,5). Madre: arráncame de la tierra, arrástrame al cielo. Quiero irme ya contigo. Sentir cada vez más viva esa nostalgia que enloquece. Nostalgia de cielo que sólo la presencia divina calma. «Descubre tu presencia, máteme tu vista y hermosura. Mira que la dolencia de amor que no se cura sino con la presencia y la figura».

Texto 2: Dales, Señor, el descanso eterno

«Dales, Señor, el descanso eterno y brille para ellos la luz perpetua». Es el estribillo más repetido en esta liturgia. Sí, dales, Señor, el descanso eterno. Ese hombre, Señor, ha luchado, se ha extenuado, ha caído rendido por la fatiga después del combate de la vida. Sus ojos se han cerrado para siempre. Sus manos cruzan el pecho. Su cuerpo se reviste de blancura. Viene la paz. A su alma que se ha ido se le abren las puertas eternas del reino del descanso. «Región purísima de paz en sosiego eterno», escribía Luis de León.

«Y la luz perpetua brille para ellos». Sí, tú, Señor, eres esa luz. Luz con tus santos para toda la eternidad. Porque tú no has creado al hombre para la muerte y la tumba, para la melancolía y el sufrimiento, sino para la vida, la felicidad, la luz. «¿Dónde está, ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde tu aguijón?», grita San Pablo. Un día lo escribió a los cristianos de Corinto: «La muerte queda absorbida por la victoria del Señor nuestro, Jesucristo.» (1 Co 15,55).

Una corriente de júbilo empieza ya a rasgar las melodías severas del impresionante día de los difuntos. Todavía resuena una modulación simple, el más sencillo de todos los cánticos, produciendo siempre estremecimiento profundo: «Día de ira aquel en que el mundo se convertirá en ceniza, día de dolor y llanto, en que el hombre resucitará del polvo para ser juzgado». Pero la cruz de Cristo lo inunda ya todo con fulgores de esperanza. «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor», anuncia gozosa una de las lecturas de la misa. Son palabras del Apocalipsis. Descansarán de sus trabajos. Sus obras les seguirán por toda la eternidad. Sí, felices los muertos que mueren en el Señor. El mundo, Madrid, no se atrevería jamás a decir tal disparate. Pero Jesús afirma la paradoja. Y los que creemos en Él y no en el mundo, nos fiamos de su palabra.

Entonamos en la tierra un prefacio que nos hace felices ya desde ahora. «A tus fieles, Señor, la vida no se les arrebatara, sino que se les cambia. Disuelta esta casa terrena, se les prepara en el cielo eterna morada, porque en Cristo Jesús brilla para nosotros esperanza de futura resurrección. Y así, a los que entristece la necesidad de morir, les consuela la promesa infalible de la futura inmortalidad». Nosotros podemos descubrir la huella de Pablo en el suspiro anhelante de este prefacio. Y sentimos cercanas las palabras que un día pronunciará la Iglesia al depositar en la tierra nuestros restos mortales: «Que los ángeles te conduzcan al paraíso, que los mártires te reciban a la entrada, que te lleven a la ciudad santa, Jerusalén».

Texto 3: Cristo nos libera del temor a la muerte

Morir, en realidad, forma parte de la vida y no sólo de su final, sino también, si prestamos atención, de todo instante. A pesar de todas las distracciones, la pérdida de un ser querido nos hace descubrir el «problema», haciéndonos sentir la muerte como una presencia radicalmente hostil y contraria a nuestra natural vocación a la vida y a la felicidad.

Jesús revolucionó el sentido de la muerte. Lo hizo con su enseñanza, pero sobre todo afrontando Él mismo la muerte. «Muriendo destruyó la muerte», dice la liturgia del tiempo pascual. «Con el Espíritu que no podía morir - escribe un padre de la Iglesia- Cristo venció a la muerte que mataba al hombre» (Melitón de Sardes, «Sobre la Pascua»). El Hijo de Dios quiso de este modo compartir hasta el fondo nuestra condición humana para abrirla a la esperanza. En última instancia, nació para poder morir y de este modo liberarnos de la esclavitud de la muerte. La Carta a los Hebreos dice: «padeció la muerte para bien de todos» (2, 9).



A partir de entonces, la muerte ya no es la misma: ha quedado privada por decirlo de algún modo de su «veneno». El amor de Dios, actuando en Jesús, ha dado un nuevo sentido a toda la existencia del hombre y de este modo ha transformado también la muerte. Si en Cristo la vida humana es un paso «*de este mundo al Padre*» (Juan 13, 1), la hora de la muerte es el momento en el que este paso tiene lugar de manera concreta y definitiva.

Quien se compromete a vivir como Él queda liberado del miedo de la muerte, dejando de mostrar la sonrisa sarcástica de una enemiga para ofrecer el rostro amigo de una «hermana», como escribe san Francisco en el Cántico de las Criaturas. De este modo, también se puede bendecir a Dios por ella: «*Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal*». No hay que tener miedo de la muerte del cuerpo, nos recuerda la fe, pues es un sueño del que nos despertaremos un día.

La auténtica muerte, de la que hay que tener miedo, es la del alma, llamada por el Apocalipsis «*segunda muerte*» (Cf. 20,14-15; 21,8). De hecho, quien muere en pecado mortal, sin arrepentimiento, cerrado en el orgulloso rechazo del amor de Dios, se autoexcluye del reino de la vida.

Por intercesión de María santísima y de san José pidamos al Señor la gracia de prepararnos serenamente para dejar este mundo, cuando Él quiera llamarnos, con la esperanza de poder permanecer eternamente con Él, en compañía de los santos y de nuestros queridos difuntos (Benedicto XVI)

Texto 4: *El que come mi carne tiene vida eterna*

El Evangelio nos brinda el talismán que transforma la muerte en vida: Cristo eucaristía. «*El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día*». El grano de trigo que se oculta en la tierra germina un día lejano. En la comunión, Jesús deposita en nosotros semilla que florecerá en eterna primavera. «*Es medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte para que vivamos siempre en Jesucristo*» (S. Ignacio de Antioquía). Así como el pan, al recibir las palabras de la consagración, se transforman en Cristo, así nuestro cuerpo, al recibir a Cristo, «*ya no es mortal, porque tiene en sí la esperanza de resurrección*» (S. Ireneo)

«*Dales, Señor, el descanso eterno*». A esos hermanos nuestros que ya desaparecieron. A esos fieles difuntos que no fueron malos, pero que fueron, como somos nosotros, débiles y apasionados. Pensaban en ellos mismos antes de pensar en Dios. Como nosotros. Preocupados de vivir plácidamente, más que de amar a Dios en sus hermanos. ¡Pobres fieles difuntos, que no fuisteis malos, que practicasteis, más o menos, lo que la Iglesia ordena cuando no os costaba demasiado! Recibisteis los últimos sacramentos en el lecho de muerte sin seguridad, quizá, de que hubiesen sido totalmente válidos.

¡Pobres almas que vivisteis en la tierra en ese barullo que todo lo envuelve! Recibisteis la gran vocación cristiana al apostolado en esta hora de los laicos, pero «*os olvidasteis de ella, cayendo en el sopor, retornando a los hábitos temporales, y os enfangasteis en los intereses inmediatos de la vida material*» (Pablo VI, 1-9-63). «*Dales, Señor, el descanso eterno*». ¡Pobres fieles difuntos! Nosotros que somos los futuros pobres difuntos, oramos por vuestras almas oscuras para que la luz indefectible os llegue también a iluminar como a nuestros hermanos del cielo. Dales, Señor de los perdones, la mansión de refrigerio, la felicidad de la paz, la luz de tu claridad eterna.

Santa Madre de Dios, apiádate de cada uno de nosotros. Pidamos al Señor de las misericordias el descanso eterno ya desde ahora. Un peso de eternidad en nuestras vidas que nos haga «*indiferentes a todas las cosas creadas, acostumbrándonos a ver a Dios en todos los acontecimientos que nos suceden y en todas las personas que nos rodean, sin dejarnos impresionar por sucesos prósperos o adversos*». Así, cuando llegue cada uno al momento del supremo relevo, Él hará resplandecer para nosotros la luz perpetua. Sí, Madre querida, danos el descanso eterno y haz brillar para nosotros la luz indefectible. «*Cuando el cuerpo muera, haz que a nuestra alma se le dé la gloria del paraíso*» (Oración de la misa).

Texto 5: *Rechacemos el temor a la muerte con el pensamiento de la eternidad*

Nunca debemos olvidar que nosotros no hemos de cumplir nuestra propia voluntad, sino la de Dios, tal como el Señor nos mandó pedir en nuestra oración cotidiana. ¡Qué contrasentido y qué desviación es no someterse inmediatamente al imperio de la voluntad del Señor, cuando Él nos llama para salir de este mundo! Nos resistimos y luchamos, somos conducidos a la presencia del Señor como unos siervos rebeldes, con tristeza y aflicción,

y partimos de este mundo forzados por una ley necesaria no por la sumisión de nuestra voluntad; y pretendemos que nos honre con el premio celestial aquel a cuya presencia llegamos por la fuerza. ¿Para qué rogamos y pedimos que venga el reino de los cielos, si tanto nos deleita la cautividad terrena? ¿Por qué pedimos con tanta insistencia la pronta venida del día del reino, si nuestro deseo de servir en este mundo al diablo supera al deseo de reinar con Cristo?

Si el mundo odia al cristiano, ¿por qué amas al que te odia, y no sigues más bien a Cristo, que te ha redimido y te ama? Juan, en su carta, nos exhorta con palabras bien elocuentes a que no amemos al mundo ni sigamos las apetencias de la carne: No améis al mundo -dice- ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo -las pasiones de la carne y la codicia de los ojos y la arrogancia del dinero-, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, con sus pasiones. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. Procuremos más bien, hermanos muy queridos, con una mente íntegra, con una fe firme, con una virtud robusta, estar dispuestos a cumplir la voluntad de Dios, cualquiera que ésta sea; rechacemos el temor a la muerte con el pensamiento de la inmortalidad que la sigue. Demostremos que somos lo que creemos.

Debemos pensar y meditar, hermanos muy amados, que hemos renunciado al mundo y que, mientras vivimos en él, somos como extranjeros y peregrinos. Deseemos con ardor aquel día en que se nos asignará nuestro propio domicilio, en que se nos restituirá al paraíso y al reino, después de habernos arrancado de las ataduras que en este mundo nos retienen. El que está lejos de su patria es natural que tenga prisa por volver a ella. Para nosotros, nuestra patria es el paraíso; allí nos espera un gran número de seres queridos, allí nos aguarda el numeroso grupo de nuestros padres, hermanos e hijos, seguros ya de su suerte, pero solícitos aún de la nuestra. Tanto para ellos como para nosotros, significará una gran alegría el poder llegar a su presencia y abrazarlos; la felicidad plena y sin término la hallaremos en el reino celestial, donde no existirá ya el temor a la muerte, sino la vida sin fin.

Allí está el coro celestial de los apóstoles, la multitud exultante de los profetas, la innumerable muchedumbre de los mártires, coronados por el glorioso certamen de su pasión; allí las vírgenes triunfantes, que, con el vigor de su continencia, dominaron la concupiscencia de su carne y de su cuerpo; allí los que han obtenido el premio de su misericordia, los que practicaron el bien, socorriendo a los necesitados de sus bienes, los que, obedeciendo el consejo del Señor trasladaron su patrimonio terreno a los tesoros celestiales. Deseemos ávidamente, hermanos muy amados, la compañía de todos ellos. Que Dios vea estos nuestros pensamientos, que Cristo contemple este deseo de nuestra mente y de nuestra fe, ya que tanto mayor será el premio de su amor, cuanto mayor sea nuestro deseo de él (S. Cipriano. Tratado sobre la muerte 18, 24. 26).

2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

Una caridad muy grande es rezar por los difuntos, ofrecer por ellos sufragios. Estos días es especialmente conveniente y oportuno. La iglesia nos ofrece abundantes indulgencias.

También podemos rezar el rosario, suplicando a Dios nos libre de la Pandemia, y el mundo encuentre en esta prueba universal una razón para descubrir el verdadero sentido de la vida.

Proponemos por esta intención rezar y promover el ROSARIO DE LA ESCUELA DE ORACIÓN POR EL FIN DE LA PANDEMIA (por el eterno descanso de los fallecidos; por los enfermos, especialmente lo más graves; por los familiares que han quedado solos; por los médicos y los que tienen que gestionar la crisis, para que acierten; para que el mundo se acerque más a Dios en esta prueba).

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

Una de las razones que pone san Ignacio por las que debemos hacer penitencia es **para buscar o hallar alguna gracia o Don que la persona quiere**. Ofrezcamos oraciones y sacrificios esta semana por las almas de los fieles del purgatorio.

Podemos seguir ofreciendo la mortificación de los sentidos corporales, diciendo muchas veces, cuando nos cueste cualquier sacrificio: "*Jesús, es por tu amor, por la conversión de los corazones*"